

LA "PRIMAVERA DE MADRID"

EDUARDO HARO TECGLÉN

La "declaración de Madrid" de los tres secretarios generales comunistas de Italia, Francia y España ha causado una cierta decepción en quienes esperaban una condena formal de la Unión Soviética y de los gobiernos "duros" del Este de Europa, por la cuestión de los derechos humanos. Ninguno de los tres dirigentes ha sido parco en esas críticas en otros momentos, y el español Santiago Carrillo pareció adelantarse a sus camaradas en una declaración propia, fuera del documento, para acentuar esas críticas. Da la sensación de que trataron de evitar sumarse a la oscura campaña internacional desatada por Carter: oscura, o turbia, no ya por que no sean ciertas las necesidades de restauración de libertades individuales en la Unión Soviética, sino por las manipulaciones políticas de Carter y por la omisión de condenas a países más próximos a Estados Unidos —y a su propio territorio nacional— que hacen eminentemente sospechosa la campaña. Hay mucho de inquietante en lo que se ha convertido en una moda, en la conversión en figuras mundiales de ciertos exiliados soviéticos, que por el hecho de haber sufrido persecución injusta no deben convertirse en maestros de doctrina y autoridades políticas: Schmidt en Alemania Federal, Giscard en Francia, se han negado a recibir al disidente Amalrik —distan-ciándose así de la campaña— al mismo tiempo que Carter recibía a Bukowski. En todo caso, no es malo que se eleve de nuevo a preocupación mundial la cuestión de los derechos humanos, y que sirva, incluso para que la URSS se decida a regresar a la denuncia de las violaciones en Estados Unidos. La "Literaturnaya Gazeta" de Moscú ha recordado el estado de la cuestión en Estados Unidos: "Millones de obreros sin trabajo, discriminación racial, desigualdad social de la mujer, infracción de la libertad personal de los ciudadanos, crecimiento del crimen, etcétera". Y la agencia Tass señala la violación del secreto postal y telefónico y el caso del reverendo Berrigan y Elisabeth McAllister, detenidos y sentenciados por manifestaciones pacifistas, o el de los abusos de la prisión de Alejandría...

La "declaración de Madrid" hace apenas una alusión a los acuerdos de Helsinki y se aplica a la descripción de unos objetivos del

comunismo que se viene llamando "eurocomunismo": son tan amplios, que apenas difieren de lo que antes se consideraba como una socialdemocracia (antes de que las socialdemocracias en algunos países llegaran al poder y no pudieran cumplir sus programas). La declaración es muy explícita en cuanto al establecimiento de un programa: pluralismo de fuerzas políticas y sociales; respeto, garantía y desarrollo de todas las libertades individuales y colectivas; libertad de pensamiento y de expresión, de prensa, de asociación y

que tácticas o estrategias para llegar a un mismo objetivo. Estos grupos entienden que las diferencias entre los comunismos triunfantes y los comunismos aspirantes no existen, y que es el sistema en sí, la ideología y el marxismo por sí mismos, los que llevan a las condiciones actuales de vida en la URSS o en China. Por otra parte, los comunistas de la antigua ortodoxia, residan hoy en partidos ajenos al "euro", o en grupos de "izquierdistas", encuentran que estos partidos han debilitado su personalidad, que han renunciado a

opinión pública es muy significativa. Hoy mismo, en España, sólo están en contra de la legalización del PCE los círculos anticomunistas profesionales, y no todos. Precisamente la calidad y la personalidad de esos enemigos, muy desprestigiados por su incapacidad para la democracia, sirven al PCE más de lo que le perjudican.

Esta política no deja de ser arriesgada. Sobre todo, desde el punto de vista de la situación española. Las clases trabajadoras comienzan a desconfiar de la línea blanda o "pactante" —según ellos— de las Comisiones Obreras en los conflictos que se presentan: un cierto renacimiento del sindicalismo duro de la CNT, una inclinación al PT en otros sectores, aparecen como una relativa decepción de las finalidades políticas del PCE.

Con un comunicado que significa muy poco en la línea del progreso del "eurocomunismo", la reunión de Madrid ha tenido, sin embargo, mucha más importancia que la que le dan sus críticos habituales. La primera es el hecho en sí de su celebración, y precisamente en Madrid, donde no hubiera podido quizá ni comentarse —de haberse celebrado en otro sitio— hace un año, o dos años. Supone, y muy claramente, una unidad mayor entre los tres partidos de la que habla hasta ahora. Quizá persistan algunas de las críticas mutuas que en los tres partidos se hacen entre sí —los italianos siguen considerando a los franceses como excesivamente duros, los franceses entienden que los italianos van a un revisionismo demasiado peligroso; ambos se inquietan de los excesos de apertura de los españoles—, pero la firma de una declaración común supone un paso adelante bastante serio. Quizá, como señala James Goldborough en el "International Herald Tribune", unos acontecimientos históricos les han presionado en la culminación de la unidad: la caída de Allende es uno, la decadencia del partido de Cunhal es otro. Allende les habría enseñado que a pesar de tener la mayoría electoral y los resortes del poder en la mano, se puede perder: esto es, que la izquierda no puede gobernar por sí sola en un mundo donde el anticomunismo no es una posición mental, sino una situación de fuerza dictada por los Estados Unidos. La oportunidad de cambiar la sociedad no estaría remitida exclusi-



Ruiz-Giménez, Tierno Galván, Fernández Ordóñez y Arellano (los dos últimos en la foto con Sánchez Montero) acudieron a la invitación de los eurocomunistas.

de reunión, de manifestación, de circulación de las personas dentro y fuera del país, libertad sindical, independencia de los sindicatos, derecho de huelga, inviolabilidad de la vida privada, respeto del sufragio universal, gobierno alterno de las mayorías, libertad religiosa, libertad de cultura, libertad de expresión de las diferentes corrientes y opiniones filosóficas, culturales y artísticas...

La "primavera de Madrid" ha sido acogida, naturalmente, por los observadores exteriores a ella con las críticas habituales. Para los anticomunistas, no ofrece nada nuevo: se trata de una línea de defensa puramente aparental, que, sin duda, ninguno de estos mismos partidos llevaría a la práctica si llegase al poder. Es la única posición que pueden tener: centrar la situación general del mundo en los tiempos de la guerra fría y no admitir en los otros más

lo que era su verdadero destino: la revolución, la internacionalización proletaria, la dictadura del proletariado. Y que su declaración no es más que derrotismo disfrazado de optimismo y de seguridad.

No es sobre ninguna de esas dos zonas extremas sobre las que quieren actuar los tres partidos, sino sobre otras de mayor amplitud mental. No puede decirse que el "eurocomunismo" —que renuncia a denominarse así, y que en sus propias declaraciones no recoge el vocablo— haya fallado en estas finalidades: los triunfos electorales de Italia, la alianza con los socialistas y otras izquierdas en Francia, la semilibertad y semialianza que va ampliando en país tan conservador y tan duro como España, con su red de "anticomunismo" antiguo perfectamente establecida, son frutos del eurocomunismo. La nueva aceptación por parte de la

vamente a ocupar los resortes teóricos del gobierno, sino a ampliar un pacto con fuerzas del centro y de la derecha, lo cual se revelaría en el intento de "compromiso histórico" de Berlinguer. El comunismo francés, Marchais, habría tardado más tiempo en aceptar esta tesis, que, finalmente, sumiría en su histórico XXII Congreso. Para Santiago Carrillo, el proceso evolutivo habría sido más difícil: ligado al Partido Comunista Francés por razón de su exilio, pero distante de él por una posición de crítica a la URSS más viva últimamente en Carrillo que en ningún otro dirigente comunista europeo (quizá, pueda pensarse, por el hecho de que el primer exilio comunista español en la URSS hubo de sufrir mucho en su relación con los soviéticos), pero viajero de Roma con mucha continuidad, habría servido de puente y se habría beneficiado de todas las experiencias.

El problema histórico del cunhalismo en Portugal podría parecer una confirmación de la justeza de miras de los tres grandes partidos europeos. Cunhal se sintió heredero del más auténtico bolchevismo. Quizá, como ha dicho Carrillo, porque ha pasado demasiado tiempo en prisión como para advertir los cambios de situación en Europa y en el mundo. A pesar de sus grandes diferencias de situación objetiva, Portugal debería interesar mucho al partido italiano —más que al francés—; y, sobre todo, al español. Cunhal no tuvo en cuenta la situación imperial del país y de Europa; no advirtió la fuerza que puede tener una internacional socialista, sobre todo, cuando coincide en algunas apreciaciones con el imperialismo. Cunhal, sobre todo, había mantenido durante sus duros años de espera la creencia de que el final del fascismo suponía una revolución inmediata y un cambio de signo total. La consecuencia fue no solamente su reducción a la impotencia por las grandes formas de presión mundial que estaban muy interesadas en que Portugal no fuera Cuba en Europa, ni Angola, sino una falta de adhesión de la masa electoral. Las pérdidas electorales de abril de 1975 pudieron también iluminar a Carrillo —que, por su parte, tenía en esa fecha su opinión muy formada— y, sobre todo, en Marchais, que debió decidirse a abandonar el relativo "stalinismo" de que todavía se le acusaba y debía llegar a su XXII Congreso, al abandono de la dictadura del proletariado y del internacionalismo proletario, en el sentido de no aceptar más el mimetismo de la Revolución rusa en 1917 y los sucesivos pasos del comunismo en aquel país. Si la URSS, más que por su poder, era admirada como ejemplo "científico" del desarrollo del comunismo, pronto dejaría de serlo. El modelo no servía.

Pueden añadirse los acontecimientos de Checoslovaquia, después de los de Hungría, como muy

significativos. Y también especialmente para los comunistas españoles, que tenían en Praga una amplísima representación y unas facilidades de trabajo y que había compartido muchas veces los puntos de vista de Dubcek, cuya primavera de Praga resucita en cierta forma en esta "primavera de Madrid".

Uno de los aspectos que la mayor parte de los observadores políticos de todo el mundo han advertido en esta reunión, es el del apoyo internacional —al menos, en este caso, francés y socialista— al comunismo español. Muchos van a decir —como Marcel Niedergang en "Le Monde" y no es más que un ejemplo— que se trata del "objetivo número 1". No parece tan claro coincidir con esta opinión. La conferencia "eurocomunista" tendría que haberse celebrado de cualquier forma y representa mucho más en la totalidad del movimiento comunista de lo que sería el apoyo a un partido nacional. Ahora bien, el hecho de que se haya celebrado en Madrid y que toda la primera, larga parte, esté dedicada al apoyo del Partido Comunista de España revela, en efecto, un gran sentido de la oportunidad (no del oportunismo). Este partido en entredicho en su propia nación, convertido en cabeza de turco para la gran derecha que de esta manera quiere combatir a to-

da la izquierda e incluso al Gobierno que se manifiesta demócrata y aperturista; perseguido y con militantes continuamente detenidos; enviado al Supremo antes de ser legalizado y con sospechas de que no vaya a serlo antes de las elecciones, si lo es alguna vez; discriminado en todos los niveles y víctima de una campaña de prensa fortísima, en la que no se omiten ninguno de los viejos sistemas de ataque; incluso considerado con desconfianza por la misma oposición en la que milita; atacado incluso por su actuación en la guerra civil de hace más de cuarenta años —tema sobre el que cualquiera debería abstenerse de tirar la primera piedra si se siguiera en conciencia el Evangelio—; este partido necesita una imagen y necesita un apoyo. En este aspecto, no sólo la declaración de Madrid, sino las palabras propias de Carrillo ante sus colegas durante la conferencia de prensa, contribuyen a la limpieza de esa imagen. No siendo la pretensión primordial de la conferencia, es probablemente la más conseguida.

¿Cuál es el futuro del "eurocomunismo"? En primer lugar, debe ser el de ampliarse. La realidad es que ahora no pertenece más que a estos tres partidos del Sur que lo sustentan, sin siquiera emplear su nombre. En segundo lugar, el de llegar a conseguir sus

objetivos de formar parte de las coaliciones gubernamentales. No lo ha conseguido en Italia, a pesar de su mayoría electoral. Podría ocurrir que lo consiguiera en Francia, donde la mayor parte de los observadores imparciales convienen ya en que las próximas elecciones van a significar un triunfo de la izquierda y lo único que se discute es la proporción que pueda obtener. Pero en Francia se encontrará para gobernar con el obstáculo del residencialismo constitucional, y Giscard entiende seguir presidiendo el país, aunque sea con un Parlamento de mayoría de izquierda.

En España, las posibilidades del comunismo son muy lejanas todavía. Ni está legalizado ni ha conseguido vencer la vieja desconfianza, ni aún se sobreponen a los partidos y sindicatos de vocación y formación proletaria. Nadie sabe cómo van a ser las elecciones, pero aunque fuesen enteramente libres y con formas de propaganda legal para todos, el Partido Comunista no obtendría una votación demasiado elevada; tendría que esperar a las elecciones siguientes para hacerse notar en la nación por algo más que por la plataforma que le están dando sus propios enemigos y por la habilidad innegable de sus dirigentes actuales para la creación de una imagen mayoritaria importante. ■

CAPITAL DEL EUROCOMUNISMO

MIGUEL SALABERT

CARRILLO, Berlinguer y Marchais, reunidos en Madrid. Hace tan sólo tres meses, la escena habría cabido únicamente en un guión de política-ficción.

Pero allí estaban, para satisfacción de unos, para cólera de otros (como "ABC" y "El Alcázar", que en estos días se han rasgado las linotipias y se han deshecho en aspavientos tipográficos) y para asombro de todos.

Sin embargo, por reales que fueran los actores y el escenario de la política-ficción, subsistía un elemento que daba a la escena un fondo de contraste casi onírico, casi irónico: el del mantenimiento en la ilegalidad del PCE.

Carrillo, el hombre que con su iniciativa había polarizado la atención mundial y atraído a Madrid a más de doscientos periodistas extranjeros procedentes hasta del Japón, y a todas las redes de televisión europeas, no podía, en cam-

bio, reunir en torno suyo para cenar a más de veinte personas. Junto a Berlinguer, cuya situación es hoy casi más la de un hombre de Estado que la de un jefe de partido; junto a Marchais, al que la evolución de la política francesa perfila ya como un futuro hombre de Gobierno, Carrillo, recién salido de la clandestinidad, estaba allí como el dirigente de un partido al que se reconoce como un factor clave en la implantación de la democracia en nuestro país, hasta el punto de constituir por sí solo, según Maurice Duverger, el verdadero "test" de la misma, pero también como el jefe de un partido cuyo Comité Ejecutivo debía dividirse, para almorzar, en dos salas separadas.

En contraste con estos hechos, la presencia de trescientos periodistas de todo el mundo en torno a los tres dirigentes comunistas reflejaba la existencia de los partidos comunistas meridionales como una

fuerza real en el futuro de Europa. Y esta reunión mostraba asimismo que el acercamiento de España a Europa pasa también por los comunistas.

A regañadientes y rechinando

La expectación creada por la cumbre eurocomunista hizo aún más llamativas las limitaciones impuestas por las autoridades gubernativas al desarrollo de la misma. Los organizadores habían previsto simultáneamente la celebración y la prohibición de un mitin público. Acertaron la segunda. Lo único que pudieron obtener fue la autorización, dada verbalmente y a última hora, ya con Georges Marchais en Madrid, de celebrar la rueda de prensa de la que el lector hallará información en otro lugar de este número. La resistencia del gobernador de Madrid, señor Rosón, a conce-